

**N**O es frecuente que en las pantallas españolas aparezcan documentales científicos de calidad, ni generalmente es fácil de ver buen cine científico si no es a través de contadas asociaciones. Por ello, la actual proyección de «Los herederos de la Tierra» (\*) en una sala madrileña representa un motivo de contento para los amantes de este tipo de cine, pese a los indudables defectos que, desde el punto de vista científico, presenta la cinta en algunos pasajes, viniendo a demostrar el interés que despierta en el espectador la Naturaleza cuando se expone con suficiente calidad.

Intentando dar en breves líneas idea de esta película, puede decirse que, fundamentalmente, consiste en una serie de extraordinarios documentos filmados sobre distintos aspectos de la vida y comportamiento de varias especies de insectos y arácnidos, encarnadas por una trama argumental que dista mucho de ser lo mejor de la cinta. La parte estrictamente documental resulta un auténtico festival de macrofotografía técnicamente impecable y de extraordinario interés. Sin que pueda afirmarse en buena lógica que haya escenas de superior o inferior calidad a otras, merece la pena señalar las correspondientes a las hormigas legionarias u hormigas safari (y no hormigas conductoras, como traducen los subtítulos), las de las termitas y las hormigas cazadoras, así como las del desarrollo y metamorfosis del insecto, como sencillamente mejorables.

El argumentó ha sido elaborado reuniendo varias opiniones de las que han sido emitidas acerca de los insectos, para ponerlas en boca de un personaje ficticio, el profesor Nils Hellstrom (individuo de aspecto paranoico, interpretado por Wallon Green), con el fin de servir de llamada de atención al hombre actual sobre la posibilidad de que los insectos, animales de maravillosa capacidad de adaptación, enormemente resistentes a la radiactividad, dotados de gran capacidad reproductora, etc., sean, en un futuro no muy lejano, los herederos de la Tierra, planeta emponzoñado y esquilado, y desplacen a la especie humana.

El hilo de la narración, que se presenta al espectador como irrefutablemente científico, dista mucho de serlo, al menos en todos sus aspectos. Y si de manera directa no se realizan afirmaciones completamente falsas, sí que se exponen los hechos de forma que sugieren al espectador conclusiones erróneas. Por ello, y en orden a separar lo que es propiamente ciencia de la especulación fantástica, resulta conveniente detenerse en algunos aspectos del obsesivo discurso del profesor Hellstrom.

(\*) «The Hellstrom Chronicle».



## «Los herederos de la Tierra»

# ¿HOMBRE versus INSECTO?

Toda la exposición se encuentra preñada de antropocentrismo, presentando a ciertas especies de insectos como «agresivas» o «cruels» y estableciendo constantemente paralelismos con la conducta humana, aunque sea de modo implícito. La explicación de las enormes diferencias entre hombres e insectos que se realiza en algún momento no resta carga antropocéntrica al discurso.

El pretendido antagonismo hombre-insecto, una de las ideas que el film da por ciertas y en las que más insiste, conduce en algunos casos a conclusiones intolerables. Así, llega a desprenderse de la narración que los insectos son los responsables de los envenenamientos por insecticida (afortunadamente, se expresa que los insecticidas son para los animales y el hombre tanto o más tóxicos que para los insectos) que sufren las aguas y las cosechas.

En el ejemplo concreto del film se combate una plaga de langosta con DDT, lo que permite salvar la casi totalidad de la cosecha; al año siguiente, con Dieldrin (y no Dildren, como también traducen los subtítulos), ya que la plaga era prácticamente inmune al DDT, obteniéndose tan sólo media cosecha; finalmente, al tercer año se utiliza una asociación de Dieldrin y DDT, pero la cosecha que se salva del ataque de la plaga resulta inútil para el consumo, pues ha quedado envenenada por los plaguicidas. Este hecho, que habla por sí solo de la desafortunada política de empleo de insecticidas, sólo se utiliza para hacer ver lo peligrosos que pueden ser los insectos, dejando implícito además que el uso de estos productos en forma masiva es el único medio para combatir las langostas, aunque los campos se emponzoñen. Para nada se citan los modernos métodos de control de

plagas, y no parece que sea por ignorancia, pues entre los organismos que han colaborado en la realización de la película se encuentra el Centro de Lucha Antilangosta. Se echa en falta, asimismo, la más mínima referencia al control natural de las poblaciones de insectos por parte de las especies que sobre ellos depredan, ni su más directa aplicación, la lucha biológica contra los insectos. Pero este aspecto, así como otros tantos, son simple consecuencia de que la Ecología y sus más elementales leyes se encuentren al margen de la exposición.

Algunos conceptos que se dan como ciertos de modo indirecto pueden inducir a error o, por lo menos, resultar dudosos. Así, la afirmación de que el hombre siente repulsión innata hacia los insectos es científicamente incorrecta (todo parece indicar que esta repulsión es producto de la educación y no instintiva) y tampoco lo es la comparación que se establece entre los mecanismos de reproducción del hombre y de los insectos, de la que parece desprenderse que los de estos últimos resultan más eficaces para la supervivencia de la especie.

Sin duda, lo más indignante de «Los herederos de la Tierra» es la parte correspondiente a los insectos transmisores de enfermedades. Se afirma que tales insectos causan en la población humana un número de muertes superior a los accidentes de tráfico y la guerra, lo cual es cierto. Pero sacar de este hecho la única conclusión de que los insectos son dañinos resulta una clara desviación de las auténticas raíces de este problema. Ciertamente, el tifus exantemático, la malaria, la peste, etc., son enfermedades transmitidas por insectos, pero la enorme mortandad que producen, distribuida casi exclusivamente en el Tercer Mundo, es debida, **fundamentalmente**, a las condiciones lamentables de higiene, de salubridad, asistencia médica, pobreza y subdesarrollo en que malviven las poblaciones humanas. Cuando esta situación es causa directa de la política imperialista, el culpar a los insectos exclusivamente de tan elevado número de muertes resulta, cuando menos, falaz.

Tal vez el propósito de «Los herederos de la Tierra» sea más afín al de un film de ciencia-ficción que al de un documental, y las concesiones que se permite se encuentran orientadas a producir un mayor impacto en el público. Pero la pretensión de presentarse como rigurosamente científico y que así lo manifieste expresamente la propaganda puede ser motivo de confusión para el espectador o conducirle a conclusiones erróneas, lo cual, desde cualquier punto de vista, se encuentra reñido con la ética de la ciencia. ■ PEDRO DE ANDRÉS.